

## Presentación

A FINALES del año 2002, mientras viajaba por El Salvador, inicié el proyecto que ahora titulo *Ruta transnacional: a San Salvador por Los Ángeles. Espacios de interacción juvenil en un contexto migratorio*. Durante ese primer acercamiento logré contactar por primera vez a un miembro de la Mara Salvatrucha 13 o MS13, su nombre, el “Negro”: pandillero, marero deportado de Los Ángeles, quien, después de llevarme por las calles de El Salvador, logró comunicarme algunas de sus impresiones, no sólo como pandillero, sino como salvadoreño deportado en condiciones sumamente vulnerables. El “Negro” sentía simplemente que él ya no pertenecía a San Salvador, no reconocía nada como propio, estaba sobre una tierra prestada, aguardando, esperando el mejor momento para huir del país de nacimiento y poder retornar a Los Ángeles, de donde el INS lo había desterrado.

Después del encuentro con el “Negro” en El Salvador me trasladé a Los Ángeles, donde gracias a información previa de algunos deportados tuve conocimiento y contacto con Homies Unidos, organización fundada y gestionada por mareros veteranos e inactivos de distintas pandillas del área de Pico Union. Fue ahí, entonces, cuando comenzó en realidad la tarea de investigar, contactar y escuchar a quienes son jóvenes mareros activos y a quienes hoy forman parte de Homies Unidos.

Una noche, mientras caminaba por las calles de Los Ángeles, Carlos –un ex pandillero miembro de la mara de la Calle 18, y actualmente parte de Homies Unidos– me decía: “Para que exista verdadera comunicación debe haber confianza, y en el entorno de los jóvenes pandilleros la confianza se gana con sangre.”<sup>1</sup>

Me repetía Carlos, y también yo mismo, que para lograr hablar con los jóvenes mareros era necesario compartir o por lo menos intentar comprender

<sup>1</sup>Entrevista realizada por el autor a Carlos, miembro de Homies Unidos, Los Ángeles, California, junio de 2004.

algunos de sus códigos, con el fin de obtener una mínima confianza y no una muerte repentina, real o metafórica; así, después de un tiempo conocí a “Oil” y a la “Lola”, jóvenes pandilleros del área de Pico Union, quienes después de interactuar conmigo durante unos días me ofrecieron su confianza para pasar la noche en un apartamento; la duda se hizo presente en mí por un momento, pero finalmente pasé algunos días con ellos y otros jóvenes de su misma mara. Por las noches el ambiente subía y bajaba de tono, algunos me miraban extraño y simplemente no hablábamos, algunos otros compartían conmigo una cerveza o un cigarro; la droga<sup>2</sup> estaba siempre presente. Después de unas horas alguno me desconocía e interrogaba al punto de hacerme vaciar mis bolsillos para identificarme, pero siempre algún otro lo calmaba y al otro día por la mañana todos nos saludábamos amistosamente e íbamos en busca del desayuno.

Llevaba una guía de entrevista, una grabadora y una cámara fotográfica, sin embargo, más allá de las entrevistas formales, el diálogo se construyó a partir de los relatos cotidianos de los jóvenes. Dice Renato Rosaldo (1989) que “cada punto de vista puede ser incompleto –una mezcla de perspicacia y ceguera, alcance y limitaciones, imparcialidad y predilección– y en su conjunto no logran una omnisciencia ni una narrativa maestra, sino entendimientos complejos de cada realidad social multifacética y siempre cambiante.” El discurso que los jóvenes y los entrevistados reconstruyen, guiados por las preguntas del investigador, se convierte entonces en una reinterpretación de sus propias acciones e historia. El sujeto entrevistado no posee un carácter objetivo de su realidad y, mientras hace memoria, omite, pero al omitir no miente, sino se reconstruye a sí mismo, se convierte en parte de una ficción personal, donde la muerte es justicia, la mirada un insulto y la sangre jerarquía. ¿Qué tan lejana puede estar la ficción de la realidad?

A través de las entrevistas realizadas en Los Ángeles durante los meses de junio, julio y agosto, se construye a lo largo del texto una suerte de narrativa donde se da voz a la interpretación de los actores analizando su realidad por medio de un marco sociohistórico, el cual pretende ser no sólo un campo objeto, sino un campo sujeto en el que los actores inciden a cada momento, día a día.

Comprender es un acto cotidiano, lo hacemos todo el tiempo, de manera que cuando los analistas buscan interpretar una forma simbólica actúan más bien sobre objetos que son una interpretación en sí misma, un intento de auto-comprensión.

Los seres humanos, como parte de la historia, no son sólo observadores o espectadores de ella. En tal sentido, Gadamer ha puesto de relieve la historici-

<sup>2</sup>Las drogas permanecían en el ambiente, se respiraba en la atmósfera los olores de la marihuana, el *ice*, el cristal, la cocaína o el *crack*.

dad de la experiencia humana permitiendo, a partir de la experiencia y comprensión del pasado, identificar las nuevas formas y expresiones sociales.

De este modo, un objetivo metodológico del análisis sociohistórico es reconstruir las condiciones sociales e históricas de la producción, la circulación y la recepción de las formas y los discursos emitidos por los sujetos tomando en cuenta sus escenarios espacio-temporales, sus campos de interacción, las instituciones sociales que los rodean y la estructura social a la que pertenecen, realizando a lo largo de la investigación lo que se ha llamado: la “contextualización social de las formas”.

Así, *Ruta transnacional: a San Salvador por Los Ángeles* se presenta no sólo como una mirada periférica en torno a la construcción de la Mara Salvatrucha 13 –en tanto pandilla juvenil enclavada en un espacio transnacional–, sino como un acercamiento a la comunidad salvadoreña que reside y resiste cultural, política y socialmente en Los Ángeles, y que se vincula transnacionalmente.

